

LA REALIDAD HISTORICA
DE
ESPAÑA



AMERICO CASTRO

LA REALIDAD
HISTORICA
DE
ESPAÑA

EDICION RENOVADA

TERCERA EDICION



EDITORIAL PORRUA, S. A.
AV. REPUBLICA ARGENTINA, 15
MEXICO, 1966

Primera edición, 1954
Segunda edición renovada, 1962
Tercera edición, reimpresión de la edición renovada de 1962, 1966

Derechos reservados

Esta edición es propiedad de la *Editorial Porrúa, S. A.*
Av. República Argentina, 15, México 1, D. F.

Copyright © 1962, by AMÉRICO CASTRO

Queda hecho el depósito que marca la ley

A
C. M. de C.

IMPRESO EN MÉXICO
PRINTED IN MEXICO

LA REALIDAD HISTORICA
DE
ESPAÑA

CAPÍTULO I

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA: EN BUSCA DE UNA REALIDAD NO FABULOSA

Unico entre los pueblos de Occidente, el español se rige, en cuanto al conocimiento de su pasado y de sí mismo, por una historiografía fundada en nociones fabulosas. El español se considera casi como una emanación del suelo de la Península Ibérica, o por lo menos tan antiguo como los moradores de sus cavernas prehistóricas; es decir, de quienes en la cueva de Altamira (Santander) dejaron sobre sus muros de roca, luminosas e inquietantes figuras de hombres y bisontes. Una ininterrumpida continuidad enlazaría así la españolidad del habitante prehistórico de la montaña santanderina, con la de quienes allá preparan el queso de Cabrales en grutas menos sombrías, pero tan antiguas geológicamente como las del hombre rupestre.

La fe en la indefinida y biológica continuidad del español hacia atrás, inspira tanto la obra de respetables sabios como la de alborotados eruditos sin buena retórica. Los pocos dados a reflexionar avivan así la fe en sí mismos, en su *ser* más bien que en lo que haya sido valioso *hacer* en los antepasados. Según las vigentes creencias, la *esencia* del español cruzó incólume e inafectada a través de las varias gentes y de todo lo acontecido en la Península desde que existe tradición de ella. El padre Juan de Mariana —en muchos sentidos una excelsa personalidad— comenzaba así su *Historia de España*, en 1601: “Túbal, hijo de Jafet, fue el primer hombre que vino a España”, y al decir “España” pensaba en un concepto fijo, como si hablara del primer “árbol” plantado en España. A mí me hicieron recitar en la escuela, que “Túbal, hijo de Jafet y nieto de Noé, fue el primer poblador de España”. Mariana escribe (II, 1) que la ciudad de Cartago envió “a Sicilia dos mil cartagineses y otros tantos soldados españoles”, tan españoles para el autor como quienes, en su tiempo, guarnecieron Sicilia. Antes dice Mariana (I, 14): “De estos celtas y de los españoles *que se llamaban iberos*, habiéndose entre

sí emparentado, resultó el nombre de Celtiberia, con que se llamó gran parte de España.”

Saltando de 1600 al momento actual, un erudito historiador acepta como exacto lo dicho por alguien acerca de la Granada musulmana: “De doscientas mil almas que había en la ciudad de Granada, aún no eran las quinientas de la nación africana, sino naturales *españoles* y godos que se habían aplicado [‘allegado, arrimado’] a la ley de los vencedores.”¹ * Resulta entonces que los habitantes de la región luego llamada granadina se hicieron musulmanes y hablaron árabe, y, a pesar de ello, sus descendientes permanecieron siendo españoles, como los iberos y como los de hoy. El señor De las Cajigas observa que los moros que continuaron entre los cristianos (los mudéjares) se opusieron, “con un sentimiento conservador, a la total y rápida cristianización de las comarcas y ciudades ocupadas por los reconquistadores”. Los moriscos opusieron más tarde (entre 1492 y 1609) la misma resistencia a asimilarse a la vida y costumbres de sus vencedores. “Fue —dice— un encadenamiento ininterrumpido de nueve siglos (VIII al XVII), casi un milenio de oposición popular contra el régimen dominante. Puede y debe pensarse que la raíz de esta resistencia, tenaz y sostenida, es una *supervivencia sorprendente de la tozudez ibérica ancestral*” (pág. 47). Esa resistencia, “constantemente la realizaba la misma unidad étnica”, porque los mozárabes y los mudéjares “fueron, ante todo y sobre todo, españoles, e hijos los unos de los otros”. Los árabes y beréberes, antes de eso, “fueron asimilados rápidamente por la vitalidad superior, numérica y espiritual, del país invadido” (pág. 48); es decir, de España, en cuyo suelo, desde siempre, moraban españoles.

Es general, cerrada y dogmática, la creencia de ser los españoles tan antiguos como los primeros habitantes de la Península. Las nociones de Iberia, Hispania y España se confunden en la mente de los historiadores, tanto antiguos como modernos. El señor Ramos Oliveira, para quien todo lo humano depende de circunstancias económicas, afirma que “la personalidad moral de España era ya en la época prerromana la que ha distinguido a nuestra nación en todos los tiempos. . . El español representativo es el celtibero”.² Según el señor Pericot, “de los tartesios a los andaluces modernos pocas diferencias caben en los 3,000 años (un centenar de generaciones) transcurridos, no ya en su tipo físico, que debe ser *casi el mismo*, sino incluso en su temperamento. Basta pensar en que el *genio alegre*, la habilidad danzarina y la taurofilia eran ya cualidades que les adornaban en la Antigüedad. . . ¿Qué nos dirán los textos tartesios cuando puedan hablar; mejor, cuando podamos entenderlos nosotros? . . . No lo sé, *pero sí estoy seguro* de que nos darán un cuadro de una sociedad perfectamente española”. Aunque el señor Pericot escribe que “Tartessos

* Para las notas al capítulo I véanse las páginas 25 a 27.

acaso no es gran cosa más que un mito, y no estaría bien que cuando tratamos de desechar mitos en la Historia de España. . . cayéramos en otro mito, por simpático que sea. . . , *en todo caso*, en este reino tartesio, que tiene la poesía del misterio que envuelve su historia. . . , vivía una de las raíces más profundas de la España de todos los tiempos”.³

En 1960 ha aparecido un nuevo y significativo testimonio de la peculiar fe historiográfica de los españoles.⁴ Con perfecta regularidad todos ellos encajan en análogo marco ideológico: antigüedad prehistórica del actual habitante de la Península; tales habitantes eran *ab initio* españoles; no fueron afectados por las varias gentes y civilizaciones que han existido en la Península; los hispano-judíos no dejaron huellas profundas. He aquí algunas declaraciones de esa fe: La “movilidad demográfica de la región [toledana y madrileña] apenas creemos haya afectado a la firme base celtibera de la Meseta. Aún hoy día la nota dominante en los pueblos alcarreños y toledanos es el aislamiento, y el sentido en muchos aspectos tribal de su organización. . . El desequilibrio entre la fuerte emigración y las casi inexistentes inmigraciones. . . ha sido siempre característico de estas zonas, a excepción, naturalmente, de la capital, ya fuese Toledo o Madrid. Toda especulación sobre cambios o mezclas raciales en estas zonas debe contar con esta realidad: que *sigue siendo prehistórica la base de su población*” (pág. 93). La resistencia de los mozárabes fue más fuerte que la acción de los musulmanes: “El mozarabismo impuso su criterio intransigente. La coexistencia [cristiano-islámica] nunca tuvo otro carácter que el provisional de toda ocupación militar. . . Para tener una idea de la relación entre moros y cristianos en la Edad Media, puede ayudarnos el observar la moderna “convivencia” hispano-marroquí en la antigua zona del protectorado” (pág. 88). “No obstante, este indudable judaísmo toledano no tiene el predominante papel histórico que Américo Castro le atribuye.” Después de la expulsión de 1492, “los residuos posteriores fueron rápidamente asimilados. Es, por eso, tendencioso incluir en un común apartado judaizante a los autores cristianos, ajenos a la tradición mosaica, sólo en razón a sus lejanos antepasados” (pág. 92).

Afirmaciones parecidas se encuentran en muchos libros, en los volúmenes, en los menudos, en los de hace siglos, en los de ayer. La idea del iberismo y celtiberismo de los españoles de hoy ha sido adoptada a veces por eruditos franceses y alemanes.

Esa ardiente fe es, entre españoles, anterior al nacimiento en Alemania de la “ciencia” histórica del siglo XIX. La identificación de los españoles y de las distintas zonas románicas de la Península con sus habitantes prerromanos y sus límites prehistóricos, es tan antigua como la misma historiografía de los españoles. Ya don Rodrigo Jiménez de Rada creía en el siglo XIII que “los iberos o españoles descienden de Túbal,

quinto hijo de Jafet".⁵ Luego, en el siglo XVI, un erudito tan docto como Florián de Ocampo veía españoles en todas partes —en Irlanda, en Asia. Cirot pensaba, con acierto, que el espectáculo de las conquistas del Nuevo Mundo daría a Ocampo la idea de haber sido aventureros y colonizadores los "españoles" de tiempo de los Atlas, de los Sicanos y de los Sículos, y de otros personajes fabulosos (*ibid.*, pág. 120).

La visión del Imperio proyectaba en el pasado quimérico el ansia imperial de los españoles, de la casta hispano-cristiana reforzada con los cristianos nuevos, que rivalizaban en celo con aquélla. Mas esto ya no basta para explicar el ansia moderna de eternizarse hacia atrás, de creerse ya existentes en Tartessos, de hacer hablar con acento andaluz al emperador Trajano, o para introducir en el pasado de la Península un ritmo recurrente, en virtud del cual el emperador Teodosio —un romano nacido hacia 346—, en Cauca, un lugar de la Hispania romana, orientó su política igual que doce siglos después el emperador Carlos V. Si todo esto fuera cierto, los hoy llamados españoles poseerían una realidad uniforme y estática, milenariamente reiterada, con mágica fuerza para asimilarse, sin perder su disposición de vida, a ligures, iberos, celtas, fenicios, cartagineses, romanos, visigodos, beréberes y árabes. La sostenida continuidad de los primitivos habitantes, de los aborígenes, se estableció, según creen, mediante la propagación biológica y unas concomitantes "características psicológicas". Único entre los pueblos de Occidente, el español pertenecería a una clase de hombre ajena al tiempo y a las circunstancias, con un ser y una estructura psíquica inmutables, no afectada por la necesidad de enfrentarse consigo misma, con otros hombres y con circunstancias espacio-temporales.

*LA VIDA HUMANA ES MAS QUE TIERRA,
BIOLOGIA, PSICOLOGIA Y ECONOMIA*

No tendría sentido gastar tiempo en calificar de quimérica tal forma de concebir al español y las dimensiones historiables de su vida pasada. Esta manera de historiar se me aparece, más que como un error, como un reflejo del modo de estar situados los españoles, sean o no historiadores, dentro de su propia vida, de esa vida cuyo análisis y valoración constituyen el tema de esta obra. Ahora bien, si no se toma distancia respecto de la vida, no es posible percibir ni su forma ni su funcionamiento. La historiografía española, el hecho de incluir en ella un pasado que no le pertenece y de excluir de ella lo más característico de su realidad, son una "inherencia" al mismo proceso del vivir español.

Aparte de eso, la historiografía corriente ha sido afectada por el hecho de no tener en cuenta ciertas ideas europeas de la realidad del hombre, que a mí me parecen necesarias para entender aquélla. Los historiadores no las tienen presentes, o hacen como ciertos funcionarios antaño con las órdenes del rey: "las acatan pero no las cumplen". Hay incluso profesionales del pensamiento puro, muy exhibidores de modernidad, que frente a problemas concretos de historia siguen comportándose como hegelianos o positivistas. Téngase en cuenta, por otra parte, que el saber, en sí buenísimo, se torna ociosa acumulación de materiales sin finalidad perceptible, al no ser dispuesto en una estructura dentro de la cual adquieran sentido las partes y el todo.

La historiografía al uso parte del supuesto de que la *sangre*, su transmisión a lo largo de las generaciones, *determina* la *esencial* constitución del hombre hispano, español. Por esa vía se pasa de Indívil y Mandonio a los españoles que después vinieron, sin darse el trabajo de fijar en qué sentido se emplea el término *español*. Establecida de antemano la identidad entre los términos *Hispania* y *España*, sin haber fijado antes el sentido del uno y del otro, todo lo demás viene a quedar reducido a esto: nos agrada sabernos eternos, superiores a cuantos pueblos hollaron el sacro suelo de España, pues todos —romanos, visigodos, árabes— dejaron de ser lo que eran, y quedaron a la postre incorporados a la perenne esencia de lo español —Cuevas de Altamira, heroísmo de Numancia, Trajano y Teodosio, Séneca y Lucano, Isidoro de Híspalis, grandeza de la Córdoba califal, pensamiento de Averroes y Maimónides, la extraordinaria figura de Ibn Hazam, la totalidad de la literatura en árabe y hebreo, todo se vierte en el común acervo del patrimonio español. Los vacíos se hacen así menos inquietantes, y se elude el problema angustioso de plantearse estrictamente la pregunta temible: ¿Pero qué y quiénes somos en realidad?

Con la "teoría" de la continuidad biológica se combina la de la permanencia de ciertos rasgos psicológicos, interpretados con briznas de una muy elemental psicología: ser impetuoso, orgulloso, envidioso, poco reflexivo, generoso, sufrido, etc. No se piensa que lo decisivo en tales casos es lo que el hombre *haga* con sus medios y con sus deficiencias o exuberancias biológicas y psíquicas. Y lo mismo vale de sus circunstancias naturales y económicas. La Grecia antigua, las Islas Británicas y la Península Ibérica no se bastaban a sí mismas económicamente. Las gentes de esos tres países salieron de ellos en busca de mejor fortuna, y las tres acabaron por construirse un vasto imperio colonial. ¿Pero de qué nos sirve el factor económico —un común denominador— para penetrar en la auténtica realidad de la colonización de la Magna Grecia, de la Nueva España mexicana, o en la del Canadá, Australia y Nueva Zelanda?

Cuando leo como prueba de españolismo que algunos califas de Córdoba tuvieron madres gallegas, que Ibn Hazam tenía ascendencia hispánica y otras cosas análogas, me pregunto cuál sea la experiencia de la vida ahí a la vista en quienes así razonan. Cuando Ibn Hazam nació, la vida en al-Andalus llevaba casi 300 años sometida a la presión conformadora del Islam; se expresaban en árabe incluso los no musulmanes, aunque las hablas románicas perduraran no sabemos claramente en qué extensión. Los usos tradicionales estaban encuadrados por los modos de vida del pueblo dominante, política, social y culturalmente, no obstante la fragmentación política de al-Andalus. En la extensa obra de Ibn Hazam no hay reflejos de nada romano, visigodo o tartesio, sino lengua, religión, pensamiento, sensibilidad y modos de vida conectados con el Oriente musulmán. Una situación hasta cierto punto comparable a la del al-Andalus es la de Nuevo México, sometido a los Estados Unidos hace poco más de un siglo. Los descendientes de los españoles o mexicanos que vivían allá en el momento de la ocupación, se han asimilado completamente al modo de vida norteamericana, a pesar de que sobreviva esporádicamente la lengua de los antepasados en forma cada vez más anglicizada. Pero aun en este caso no puede olvidarse que la lengua española continúa viva como órgano expresivo de cultura, y que inmigraciones de México han mantenido colonias de habla castellana en Tejas, Nuevo México, Arizona y en California. No aconteció así a los descendientes de la población preislámica en lo que había sido Bética romana, sin ningún contacto en los siglos IX y X con modelos vivos de cultura más allá de sus fronteras. Los de Roma se habían desvanecido, y los románicos aún no habían surgido.

Tengo amigos americanos cuyos abuelos fueron españoles; han vivido fuera del círculo de quienes en los Estados Unidos siguen apegados a su tradición española a través de parientes y conocidos; no hablan una palabra de español, son presbiterianos, cuesta enorme trabajo hacerles entender los valores de la civilización española, su comportamiento es idéntico al de cualquier otro americano archianglosajón, en cuanto a cultura y formas de vida. He conocido de cerca a un descendiente de checos, gran presidente de una universidad en que he sido profesor. No sabía checo, y nunca reaccionaba, ni de lejos, en forma centroeuropea. Los ejemplos se pueden multiplicar indefinidamente. Claro que si se mantiene el inmigrante y sus descendientes en medios en donde siga hablándose la lengua de origen, y se conserven la religión y los usos tradicionales, entonces se crearán situaciones intermedias durante algunas generaciones, aunque, a la larga, la nivelación con las gentes entre las cuales se vive acaba por ser total.

Y lo mismo aconteció en países moldeados secularmente por una civilización extranjera. Los romanos acabaron por romanizar a los grie-

gos del sur, y a los celtas y a los etruscos del norte. El dialecto de Nápoles y el de Sicilia proceden del latín allí hablado, no del griego. A nadie se le ocurre hoy llamar celtas a los habitantes del norte de Italia, ni galos a los belgas.

Los partidarios del "eterno e inmutable español" no tienen presente la acción social e individual del lenguaje, combinada con la de la religión. La mayor parte de Hispania acabó por estar fuertemente romanizada, lo mismo que otras importantes zonas del Imperio. Sin el empeño, o necesidad, de los historiadores de hacer de Hispania una provincia distinta de las restantes del Imperio Romano, hace tiempo que la españolidad de Séneca habría desaparecido de los libros. ¿Piensan, acaso, que el norte de Italia poseía menor personalidad que la Bética, sometida sin lucha? También hubo en la Galia cisalpina muchos modos de hablar, variedad de usos, formas y dimensiones peculiares de vida colectiva. Pero al cabo de los siglos que fueran, los galos de antes acaban por aparecer como romanos. Es decir, que el más humilde campesino al alzarse de la tarea siempre a un mismo nivel, el horizonte que contemplaba era el romano, no el celta de antes. Los partidarios de la eterna españolidad me parece no tienen en consideración la diferencia entre los varios planos y dinamicidades de la vida colectiva. La miden toda por el mismo rasero: españolidad.

Al pensar y sentir así se olvida que la condición y dimensión que convierten al ser humano en individuo de una tribu, de una región o de una nación, son independientes de la biología o de la psicología de la persona. Dependen, en cambio, de la conciencia (vivencia) de los lazos que ligan al individuo con los otros miembros de la colectividad. Estas nunca se constituyeron sobre analogías biológicas y corporales (ser fuerte, enclenque, alto, bajo, rubio, moreno), o psíquicas (valiente, tímido, envidioso, sufrido, orgulloso, etc.). Estas condiciones y dimensiones humanas pertenecen a la esfera de la individualidad, no a la de la conciencia de colectividad.

El hombre se siente individuo de una tribu, de una región, o de una nación, por sentirse ligado a la comunidad por el modo de hablar, por una trabazón de estimas e intereses comunes, por creer de cierta manera, por reaccionar de modo semejante frente a las circunstancias que afectan a la vida colectiva, por comunidad de hábitos, por la conciencia de la necesidad de mantener unida la colectividad de que inmediatamente es miembro a otra de radio más amplio, por un tipo de comunes preferencias y de jerarquizar valores, por el modo de conducirse con quienes no son individuos de su grupo, etc. Hay al mismo tiempo que tener en cuenta el distinto grado de flexibilidad y movilidad de la dimensión colectiva y de la estrictamente individual; esta última es más estable que

aquella. No es pensable que el pigmeo adquiriera estatura aventajada, y es difícil que el envidioso deje de serlo; pero los grupos humanos mudan a veces sus modos de comportamiento (la Roma del Imperio era tan Roma como la de la República, y sin embargo, las diferencias entre una y otra fueron considerables). Y la Roma del siglo XIV sólo en la palabrería de Cola di Rienzo semejaba a la antigua. El grave error de la historiografía española ha sido confundir, desde hace siglos, la condición y fisonomía individuales (biológica, psíquica) con la realidad de los objetos humanos llamados tribu, región, nación y Estado. Este error de lógica y ontología humanas, que nunca creí fuera necesario poner tan de manifiesto, ha venido manteniendo enredada y confusa durante siglos la noción que los españoles poseen acerca de sí mismos.

El modo de españolizar al-Andalus musulmán no es menos arbitrario. Se dice que aquellas gentes de lengua árabe y religión musulmana eran españolas, y no tenían como dimensión colectiva de su vida la del mundo islámico. No se tiene en cuenta cómo la lengua árabe moldea y dispone el comportamiento interior y exterior de la persona. Cuando un grupo humano llegó a expresarse lingüísticamente en forma incomprendible para otro grupo próximo, esto significa que la vida misma, en el grado que sea, también se había hecho peculiar. De ahí el esfuerzo de los organizadores y dominadores de imperios y naciones para imponer a sus súbditos una lengua uniforme. Los incas peruanos forzaban a hablar la "lengua general"; Roma latinizó vastísimas regiones, excepto en donde la lengua provincial superaba en prestigio civilizador a la de los conquistadores (como aconteció en Grecia); o en casos como el de Vasconia, sin interés práctico para los romanos. Una vez reducida por fuerza de armas, la región vasca quedó parcialmente excluida de la colonización romana.

Al ser mahometizada y arabizada lingüísticamente la zona más civilizada del exreino visigodo, al-Andalus se volvió una prolongación del imperio espiritual y lingüístico del Islam. Al cabo de siglos se expresaban en árabe incluso los mozárabes cristianos, que justamente por eso fueron llamados mozárabes, o sea, arabizados; en esa lengua fueron redactados los documentos de los mozárabes toledanos. Sorprende, por lo mismo, la insistencia de los orientalistas panhispánicos y de sus seguidores en negar la conexión de al-Andalus con el Oriente musulmán, y en ligar con lazos de sangre, de descendencia biológica, a los musulmanes andalusíes (no *andaluces*) con Tartessos y Celtiberia. No se tiene en cuenta —insisto en ello— hasta qué punto el Islam y la lengua árabe moldean la disposición, las valoraciones y el horizonte de la vida. He aquí cómo razona quien ha vivido la lengua árabe desde dentro de ella:

"A la palabra y a la imagen de las palabras se les asigna poder mágico, consciente e inconscientemente... El pensamiento expresado en árabe es por lo común vago y difícil de fijar con precisión. Las palabras quizá nunca fueron definidas rigurosamente... Un escritor árabe puede llegar a hacerse célebre sólo haciéndose comprender difusamente... El escritor obliga a su pensamiento a ajustarse a las estructuras lingüísticas ya existentes... Las restricciones lingüísticas son culpables, al menos en parte, de la falta de organización padecida hoy por el mundo árabe... Las palabras son *la cosa real*... Si un árabe se expresa exactamente, sin exageración, otros árabes pueden seguir pensando que está queriendo decir lo contrario de lo que dice... Los nombres de lugar, de cosas y de personas son importantes, afectan grandemente a su realidad, e influyen en la actitud del pueblo hacia los lugares, las cosas y las personas. La tendencia a ajustar el pensamiento a la palabra, o a la combinación de palabras, más bien que la palabra al pensamiento, se debe a que, psíquicamente, las palabras ocupan el lugar de los pensamientos; las palabras son sustitutivos, no expresiones del pensamiento... La imagen lingüística desplaza la imagen de lo percibido, y aquella es tratada en la práctica como si fuera la cosa real, y no su representación lingüística... La poesía árabe se basa, mucho más que en inglés o francés, en el efecto acústico de los sonidos."⁶

Estas para mí utilísimas observaciones adquieren fundamento teórico al ser relacionadas con la concepción ontológica sobre que se alza la vida islámica. En árabe no hay verbo "ser", y el ser de algo no significa para el árabe lo mismo que para un occidental,⁷ a ello hago referencia más adelante.

La acción de la lengua sobre el estarse haciendo de la vida colectiva, hace ver lo imposible de imaginarse el pasado como un fondo de roca sobre el cual fueron asentándose las sucesivas oleadas de humanidad hablante advenidas a la Península. Por bajo de ellas fueron quedando extintas como función y dimensión sociales, gentes y hablas de la Península Ibérica, según siempre aconteció. ¿Qué ha sobrevivido de vida egipcio-faraónica en el Egipto hoy a nuestra vista? Y aquel pueblo poseía una unidad y grandeza de civilización incalculablemente superiores a las de las rudimentarias e inconexas poblaciones de Iberia. La oleada griega, la romana y la islámica silenciaron y convirtieron en material arqueológico una de las culturas más altas y durables de la Antigüedad. Sobre los celtiberos y los tartesios se sobrepusieron romanos, visigodos y musulmanes, y también el modo de vida española, distinto de todo lo anterior, según hago ver en la presente obra.

(saltar a la página 15)

INCISO SOBRE LOS VASCOS

Pero ahí está en la Península el pueblo vasco, proyectado en la perspectiva de su pasado prehistórico, con una lengua que ha sobrevivido, al menos en parte, al paso y vecindad de romanos, visigodos, musul-

manes y castellano-aragoneses. Se crea así la ilusión de una línea continuada desde la tiniebla prehistórica hasta el momento actual. Pero aun en este caso la contradicción con lo antes dicho es sólo aparente. El vasco penetró en la vida histórica, en la que llegaría a ser española, al despojarse de su lengua, fragmentada y parálitica culturalmente, nunca alzada sobre el nivel oral. En España el vasco nunca se escribió antes de la época actual, y eso con esfuerzo y artificiosidad. En 1921 yo oí leer un discurso en vizcaíno que, por supuesto, yo no entendía, ni tampoco un vasco guipuzcoano sentado junto a mí en una memorable sesión de la Academia Vasca.

Sin la ocupación musulmana de la Península los vascos habrían permanecido en su aislamiento, reclusos en su zona montañosa, mientras las gentes de habla románica iban extendiendo su lengua por la zona del vasco subpirenaico, según demostró Menéndez Pidal en un espléndido estudio. Existían apegados a la tierra, poco cristianizados, y sin voz en la historia. Pero emergen como un pueblo admirable al variar el rumbo y ritmo de su vida, al expresarse en castellano o navarro-aragonés a este lado del Pirineo; en gascón, y más tarde en francés, al otro lado del Bidasoa. Su recio material humano no adquiere realidad historiable sino al reencarnarse en formas de vida colectiva ajenas a la suya ancestral —y lo mismo aconteció a sus vecinos de la costa cantábrica. Los vascos, como los otros pueblos de la futura España, fueron moldeados por el sistema personalista de las “castas”, se dinamizaron con capacidad imperante; y al par de otras gentes de la costa cantábrica, se sintieron hidalgos *a nativitate*, limpios de mácula islámica o hebrea.⁸ Es decir, que gracias a las circunstancias creadas por la ocupación musulmana y por el nuevo sesgo de vida iniciado por las poblaciones románico-cristianas en el siglo VIII, los vascos comenzaron a tener un papel activo, contrario aunque comparable al de los beréberes que, impulsados por el Islam, intervienen activamente en la dominación y colonización islámica de los cristianos peninsulares. Los vascos moldean y potencian su hasta entonces informe energía en formas de civilización romano-germánica; sin ellas, ni el reino de Navarra ni el condado de Castilla hubieran sido posibles, pues las nociones de reino y condado les eran ajenas. Las poblaciones de lengua románica no sometidas al Islam, espoleadas y a la vez muy afectadas por él, fueron para la gente vasca algo como los invasores romanos habían sido para las gentes de la Bética y de la Tarraconense 800 años antes. En la medida que el vasco, hasta entonces remoto y extraño, se romanizó y cristianizó en lengua y espíritu, es decir, *se hizo otro*, salió de su prehistoria, y acabó por convertirse en uno de los más valiosos elementos constitutivos de la futura españolidad.

No fantaseemos. En una España ideal en donde tocase a cada re-

gión la misión para la cual posee más virtud y capacidad, los vascos ejercerían de archicastellanos, que es lo que en verdad son y han sido históricamente. En el pasado, el oro y la plata del Imperio pasó por sus manos sin mancillarlas, y por eso se les confiaba en las Indias el estuendo oficio de “apartador de oro y plata”. Cuando Dios quiso, el vasco funcionó como paradigma de justa legalidad, de hombría hispánica, de espíritu liberalmente abierto, con discreción y veracidad responsables. Por eso los reyes los eligieron como secretarios. Tres vascos fueron quienes a comienzos del siglo XVIII hicieron construir en la ciudad de México el asombroso Colegio de las Vizcaínas, una cumbre de belleza inteligente. Con tenaz y esclarecida energía, aquellos tres vascos, de mente internacional y no aldeana, mantuvieron su colegio fuera de la ingerencia tanto virreinal como arzobispal, aunque muy dentro de la piedad religiosa, como lo hace ver la linda capilla en donde las educandas asistían a los actos del culto.^{8 a}

Si más tarde aquel su estar en la comunidad hispánica de que eran cofundadores conoció días tristes, la razón (lo único que aquí me interesa) ha de buscarse en la misma peculiaridad del funcionamiento del vivir español. Por lo demás, si ahora saco a colación el problema vasco, ha sido tan sólo para mostrar con nitidez, que la presencia de los vascos en la vida española, tal como yo la concibo, nada tiene que hacer con la fantástica pervivencia de tartesios o celtas. Los vascos en el siglo VIII seguían estando allá en sus montañas, prontos, como todo lo en realidad existente, a actuar como condición para algo, y para ser condicionados por algo. Los tartesios y los celtas no estaban ya en ninguna parte.

EL ENLACE PSICOLÓGICO CON LOS PUEBLOS PRERROMANOS ES INOPERANTE

No creamos, por consiguiente, que es español todo lo acaecido en la tierra llamada hoy España, ni italiano cuanto existió en la tierra de la antigua Italia. El pasado de un pueblo aparece como una continuidad ininterrumpida, dada en un espacio geográficamente estable. Como la escena de la historia nunca está desierta, el espectador cree ingenuamente que los actores siguen siendo los mismos. De ahí que se llamen españolas las pinturas de las Cuevas de Altamira, y se piense que fueron españoles Trajano, San Isidoro de Híspalis y Viriato, lo mismo que lo son Cervantes, Unamuno y los académicos de la lengua, definidores del sentido del vocablo “español”.

¿Pero cuáles han sido de veras el contenido y el límite semántico del vocablo *español*, y la realidad histórico-humana a que unívocamen-

te refiere? El problema es de hermenéutica, estrictamente filológico, aunque hasta ahora los filólogos lo hayan descuidado, o creído resuelto o inexistente. Es natural que así fuese, dados los supuestos en que descansa la historiografía al uso. No se ha dado respuesta, por consiguiente, a la pregunta acerca de qué signifiquen y a qué apunten precisamente los adjetivos *español, francés, inglés, etc.*

En vista de lo antes dicho y de lo que aún he de decir, el adjetivo *español* no puede aplicarse con rigor a quienes vivieron en la Península Ibérica con anterioridad a la invasión musulmana. Si llamamos *españoles* a visigodos, romanos, iberos, etc., entonces hay que denominar de otro modo a las gentes en cuyas vidas se articula lo acaecido y creado (o aniquilado) en aquella Península desde el siglo x hasta hoy. Al afirmar que el busto de la Dama de Elche o las *Etimologías* de San Isidoro son obras españolas, lo que se quiere decir es que ambas fueron obra de personas que habitaban en lo que hoy llamamos España.

Las ciudades y personas situadas en la tierra en donde existe hoy *eso* que llamamos español (Gades, Hispalis, etc.), todas ellas han sido antecedente y condición que han hecho posible el *eso* llamado español, en un enlace de sucesivas posibilidades y de limitaciones. Estas últimas, no tenidas en cuenta por los historiadores, son tan reales como las posibilidades.⁹ Mas sólo en virtud de un *tosco paralogismo* cabría identificar la realidad vital de la posibilidad, con lo hecho posible por ella; lo condicionado, con la condición. Es decir, que por haber sido los iberos y los romanos condición para la existencia de los futuros españoles, se crea que éstos son tan españoles como aquéllos. Se piensa entonces que la realidad histórica es algo sustancial, dado de una vez para siempre. Se alega, con este propósito, a Estrabón, quien sabía que en Iberia se hablaban distintas lenguas por gentes muy distintas unas de otras.¹⁰ Las de junto al Betis “están del todo transformadas, y han adquirido la manera romana de vivir; les falta poco para ser enteramente romanas, y ni siquiera recuerdan su lengua” (*Geografía*, 3, 2, 15). “Incluso los celtíberos —añade—, los más salvajes entre los iberos, han adquirido civilidad.” Al contrario de éstos, los montañeses del Norte, no romanizados, vivían del bandolerismo (3.3.5). Suponemos, entonces, que unos habitantes de Iberia serían como extranjeros para los otros. Unos eran mansos y fácilmente dominables; otros resistieron casi dos siglos a las legiones de Roma, establecidas de modo permanente en las regiones norte y noroeste. ¿Diremos que eran españoles los cántabros belicosos, y no los turdetanos o los tartesios, sucesivamente fenicios, cartagineses y romanos? Lo acotado del perfil geográfico de la Península crea el espejismo de una unidad fija y continuada.

Es ya clásico un texto de Justino, el abreviador de las *Historias*

Filípicas, del galo Trogo Pompeyo. Justino uniformiza en una engañosa síntesis los habitantes de Iberia, y los contrastes violentos de la tierra y del clima: “La salubridad del aire es igual en toda Hispania; . . . los ríos no corren torrencialmente en forma dañina, y dan riego a campos y viñedos.” El clima es moderado, sin los extremos de Africa y Galia: “inde felicibus et tempestivis imbribus in omnia frugum genera fecunda est, adeo ut non ipsis tantum incolis, verum etiam Italiae urbiue Romanae cunctarum rerum abundantia sufficiat (XLIV, 1, 1, 2).¹¹ Y luego el célebre pasaje: “Corpora hominum ad inedia[m] laboremque, animi ad mortem parati. Dura omnibus et adstricta parcimonia. Bellum quam otium malunt; si extraneus deest, domi hostem quaerunt.”¹²

Estas generalidades no permiten llegar a la forma de vida, a la peculiaridad colectiva que estamos persiguiendo, y no sería además difícil encontrar pueblos, antiguos o modernos, igualmente sufridos y sobrios. De los escitas dice el mismo Justino que “desprecian el oro y la plata, tanto como otras gentes los codician. Se alimentan de leche y miel; ignoran el uso de la lana y de los vestidos, aun cuando los atenace (*urantur*) un riguroso frío; usan, sin embargo, pieles” (II, 2, 3). El moro no le iba a la zaga al español en sustentarse con poco, según notaba en el siglo xvi el capitán Aldana:

Es voz común de la común rudeza
que la falta de humor [‘agua’] que España tiene,
y sobra de desierto y de aspereza,
le hace defensión contra el que viene;
y no sabe entender con qué destreza
de nutrimento el moro se mantiene,
como en el siglo atrás bien claro vimos,
cuando el paterno límite perdimos.¹³

Hay que saber entender, como dice Aldana, que otros pueblos poseen también rasgos como los españoles, que como tales rasgos aislados nada significan para la intelección de la historia. Justino habla de la incapacidad de agruparse los griegos casi en los mismos términos que de la de Iberia: “Toda Grecia, bajo el mando de lacedemonios y atenienses, estaba dividida en dos partes; y pasaba, de guerrear en el exterior, a hundir las armas en sus propias entrañas” (III, 2, 1). Estas u otras cualidades valdrán para la intelección de la historia en la medida en que se articulen dentro de un proceso vital y en vista de su resultado valioso, en último término peculiar, único. Los sobrios puritanos, por ejemplo, desdeñaban los placeres del paladar por motivos ético-religiosos, es decir reflexivamente; junto a esto cultivaban el capitalismo, la cohesión y el bienestar colectivos. La sobriedad hispana, no era general, y tuvo tanto que hacer con la estructura de la sociedad (ver cap. VIII), como

con la pobreza de la tierra. La sobriedad a veces fue sentida como sostén fecundo para la energía o la santidad:

Que soy fuerte como España,
por la falta de sustento.

(QUEVEDO.)

Hambre y pobreza, mal toleradas, de Lazarillo y de su señorial Escudero, y añoradas por aquellas monjitas teresianas a quienes el bienestar ponía mustias; ayunos heroicos en que se tensó el ánimo del español, siempre que una meta seductora le ha sonreído. La sobriedad, en sí misma, es una abstracción o una anécdota que no permite entender la total integridad de la vida. Lo importante es lo que cada pueblo haga con su sobriedad, o con su sibirismo, y no su "psicología".¹⁴

Al decir "español", y al intentar poner en claro las representaciones que suscita en la conciencia, aquéllas variarán con el saber y la experiencia de cada persona, aunque siempre se intuirá algo único, difícil de precisar al querer reunir los varios aspectos en que se pose la reflexión. Según el Diccionario, "español" es el natural de España. La definición es elusiva, pues el nacer en un lugar, o hallarse en él, no dice qué o cómo sea el objeto en cuestión. No es que no sea cierto que, en general, sean españoles quienes nacen en la España de hoy. ¿Pero es eso todo? ¿Bastaría con decir que "alga" es una planta acuática? En el caso de las algas importa poco el asunto, porque el curioso hallará cuanto desee sobre ellas en un tratado de botánica. Pero ¿adónde iremos para averiguar rigurosamente qué quiere decir, qué sea el objeto humano llamado "español"? La dificultad se acrece por no poseer una clara noción de qué o cómo sea esa España de donde son naturales los españoles. Si se aplica la idea expresada en el Diccionario, ¿diremos que son españoles Averroes y Maimónides, nacidos en al-Andalus? ¿Cabe, en rigor, llamar España a la Córdoba en donde nacieron? ¿Serán españoles quienes, habiendo nacido en la España de hoy, por haberse educado en el extranjero, o por otro motivo, no dan la impresión de ser españoles? Y aun concediendo que, jurídicamente, lo sean, ¿bastaría la legalidad de ser español para abarcar la realidad humana, total, de serlo efectiva, auténticamente? Esto último puede acontecer a gentes no naturales de España, pero cuyas vidas se han estructurado en el eso colectivo que llamamos español.

Los criterios esencialistas y estáticos fallan al ir a apresar la huida realidad que perseguimos, capaz de ser intuida y no definida. Si, por ejemplo, tomamos la lengua como norma, veremos que, no obstante su suma importancia, hay en Cataluña, Galicia o Vasconia quienes (por

muy separatistas que sean, y precisamente por serlo) son españoles aunque no hablen castellano o lo hablen mal. El historiador Gonzalo Fernández de Oviedo tropezó en el problema de qué cosa fuesen los españoles cuando veía llegar, a las tierras recién descubiertas, a gallegos, roselloneses, vizcaínos y andaluces, distintos entre sí y muy en pugna unos con otros. Su españolidad consistía, según Oviedo, en ser súbditos leales del rey de España. Aquella devoción al rey no era nada superpuesto, sino *creencia* auténtica, funcional en el vivir de aquellas gentes. La explicación de Oviedo era de tipo vitalista, no racionalista, y descansaba sobre su vivencia de la forma en que colectivamente se aunaban los españoles.

(Recomenzar aquí)

LA VIDA EN EL PASADO HISTORIABLE NO
FUE REALIDAD ESTÁTICA

La historiografía de un pueblo ha de fijar, antes que nada, la identidad del pueblo del cual se está hablando. Una vez puestos de acuerdo sobre ello, es necesario hacer visible la dimensión historiable de las gentes cuya personalidad es ya consabida para quien escribe y para quien lee. Porque no todo lo que acontece, ni todo lo que hace la gente es merecedor de ser historiado, pues el tema de la historia es histórico por poseer la virtud de sobrevivir, se hace durable como valor, y posibilita el nacimiento de otros (el pensamiento griego; la obra jurídico-política de Roma; la creación de pueblos extraeuropeos de lengua europea, iniciada por españoles y portugueses e imitada luego más tarde por ingleses, franceses y holandeses; o el arte de Cervantes y de Goya, etc.). Esos e incontables otros valores, así como cuanto efectivamente los hizo posibles, caen dentro de la jurisdicción de la historiografía.¹⁶

La labor del historiógrafo consiste en hacer ver cómo un pueblo fue haciéndose progresivamente existente e historiable, y no puede partir del gratuito supuesto de que el pueblo en cuestión es una ya siempre dada sustancia sin dimensión espacio-temporal. Historiar la vida de un pueblo implica hacer visibles su conciencia de estar existiendo, la voluntad y el impulso constituyentes de esa existencia, y la estructura colectiva y dinámica en virtud de la cual el pueblo historiado aparece consistentemente moviéndose a lo largo de su existencia en el tiempo. El pueblo tema de historia se constituyó con la mira puesta en un futuro, y no sólo en el ayer de la rutina cotidiana, local, y sin vistas a ningún más allá, a valías soñadas y aún no alcanzadas. Los pueblos que no aspiraron a ser más de lo que eran y no pasaron de ahí, no son, ni pueden ser objeto de historia. Aparecer hoy como miembro de una colectividad española, francesa, o lo que sea, es resultado del propósito y

del esfuerzo a consecuencia de los cuales aquella comunidad humana llegó a serlo. Lo cual quiere decir que no son "españoles" los hechos del pasado, en la Península Ibérica, porque los agentes de ellos fuesen ya españoles desde siempre, sino al revés: que un cierto tipo de propósitos y de actividades en relación con unas circunstancias acabó por crear un cierto modo de conciencia colectiva en quienes venían realizando aquella clase de actividades y de esfuerzos. Las tribus o poblaciones ibéricas (llamémoslas así para entendernos), no tenían conciencia de formar una sociedad unida, coincidente con la extensión geográfica de la Península. Por cuanto dicen los cronistas y geógrafos griegos y romanos, se ve que aquellas poblaciones estaban desunidas y no hablaban la misma lengua. Existían apegadas a su tierra, a su hoy, y nada más. ¿De dónde o cómo les podría venir la conciencia de ser "españoles"? Directamente de ellos, por lo demás, no se sabe nada. La idea de su españolidad y de su continuidad a lo largo del tiempo es resultado de la proyección anacrónica en el pasado de situaciones existentes muchos siglos después. Los habitantes prerromanos de la Península fueron llamados *Hispani* por los romanos, porque en las denominaciones dadas desde fuera se unifican, por comodidad, las diferencias dentro de los países.

La conciencia de la unidad *humana* de quienes existían en el suelo de la Península, tan bien delimitado físicamente por mares y montañas, surgió después de la dominación romana, y fue luego reafirmada como visigoda durante los siglos v, vi y vii. Isidoro de Híspalis escribía con conciencia de ser visigodo, según luego se verá. Pero la historiografía al uso descarna el pasado de su realidad humana, y se forja la figura de un español sustancial, como una "cosa en sí", lo cual, si por un lado parece metafísica, es en el fondo una pura ingenuidad.

La visión de la España en gran medida ruralizada del siglo xvii, bastante contrapesada por el refinamiento de las ciudades mayores, motivó exageraciones como la de Gracián: según él, España continuaba estando como "cuando Dios la crió". El volumen del elemento campesino en la vida española y la persistencia de muchas tradiciones populares ha contribuido a la creencia de que los españoles continúan en lo biológico y en lo humano el mismo tipo de hombre presente en la Península hace miles de años. Decía Ganivet de los españoles: "Venimos a hallarnos a la vejez con el espíritu virgen" (*Idearium español*). Ortega y Gasset creía que "la famosa falta de necesidades del español" es como la "que ya señalaba Aníbal" (*Interpretación de la historia universal*, pág. 360), y relaciona las mantillas de las señoras andaluzas con el tocado de unas figuras femeninas en un mosaico cretense de 1400 a. de C. (*ibid.*, página 163). Se alega también la continuidad de la tauromaquia, como si quien hoy va a contemplar la lidia de ganado bravo prestara a ésta

la significación sacra que tenía hace milenios. Los usos y espectáculos existen dentro de una estructura humana; desgajados de ella se desrealizan y se despojan de su sentido. Lidar toros fue deporte caballeresco (como en *El caballero de Olmedo*, de Lope de Vega); más tarde, en el siglo xviii, fue brega para gente baja que, por precio, se daba en espectáculo. Mas el hecho de que el desnudo y la hombría del matador, fuese o no "caballero", sedujese a los españoles, es fenómeno que adquiere sentido dentro del culto del poder imperativo de la persona, de la dimensión social, de la casta vencedora de moros y conquistadora de mundos. Lidar contra toros o contra moros, lo mismo daba:

"¡Cuál lidia bien sobre exorado arzón
mio Cid Ruy Díaz, el buen lidiador!"

Las gentes que en la Península fueron sucesivamente dominadas por fenicios, cartagineses, griegos, romanos, visigodos, bizantinos y musulmanes no poseían la estructura y fisonomía colectivas, sociales, de quienes fueron lentamente conquistando la tierra peninsular durante ocho siglos. La lidia de toros no significaba para ellos lo mismo que para los cretenses, sencillamente porque su ligazón, fisonomía e interdependencia sociales no eran cretenses ni tartesias. Tampoco son celtas ya quienes continúan la tradición del "Halloween" ("víspera de Todos los Santos") en los países de lengua inglesa, aunque todavía en las Islas Británicas se enciendan hogueras, se adivine la ventura de las personas, se cuenten cuentos de duendes y de brujas, etc. El druidismo es una cosa y el anglicismo es otra. Los ejemplos de fenómenos análogos son incontables.

La "realidad" de la lidia de toros en la prehistoria y en la vida española no es la misma, como no es tampoco la misma en la vida de quienes gustan de ese espectáculo en el sur de Francia. Cualquier uso o institución se presta a parecidas observaciones. Desde que existen espadas, parejas de hombres inflamados de odio han intentado matarse con ellas, sin que por esto la "realidad" humana de los duelistas, ni de la institución del duelo fuesen la misma. Hay, por consiguiente, que partir de la "morada vital" de que luego hablo, para entender todos esos hechos humana e históricamente. Las supervivencias tradicionales (trillar, por ejemplo, como en el antiguo Egipto, según se ha hecho en ciertos lugares de España hasta el siglo actual) no implican que el labriego sea celtibero o egipcio, sino simplemente que el modo de existir como español ha hecho posible conservar muchos arcaísmos junto a grandes modernidades de auténtica creación española y nada rústicas, como crear admirables ciudades en remotas tierras. Lo español consiste precisamente en

la coexistencia de la rusticidad más primitiva con el artístico refinamiento de un Velázquez, de un Lope de Vega y de tantos otros. De los tan exhibidos usos tradicionales, de la intra-historia tan grata a Unamuno, nunca habría surgido una conciencia colectiva capaz de elevarse hasta el rango de una conciencia nacional española.

Los usos arcaicos, conservados en una u otra forma en toda comunidad humana, subsisten en España como elementos atrofiados de vida, ya sin conexión con la estructura en la cual existían auténticamente. La superstición del número 13 (en muchos hoteles norteamericanos no hay habitación ni piso número 13) no implica que el medio social en torno funcione mágicamente. Entre iberos o celtíberos el trillar con bueyes o golpeando la mies con el mallo no sería visto por nadie como arcaico (*como hoy lo vemos*), pues ese uso, las supersticiones y todo lo demás se estructuraba en un sistema de vida que servía de horizonte límite para la colectividad y para sus individuos. Pero la clase de hombre luego llamado español, llegó a ser lo que fue por haberse situado, a su modo, frente al mundo en torno a él en forma distinta a la de quienes habían tenido como pauta para su vida y horizonte de sus esperanzas a visigodos y romanos. No se hizo español por seguir labrando la tierra con el arado de madera, pisando la uva con espateñas o por conservar en su aldea instituciones tradicionales; se hizo español abriéndose paso hacia el futuro, afirmado en la creencia de su poder personal, animado por la ejemplar eficacia de un modo de existir y de jerarquizarse políticamente dentro de organizaciones políticas nuevas y fragmentadas. La organización romana y visigoda se había impuesto desde arriba, la de las futuras Españas surgía desde el seno de ellas mismas; es decir, desde el interior de unos grupos que iban tomando forma y consistencia, de fronteras afuera y de fronteras adentro. El español se constituyó a medida que la conciencia del valor anejo a sentirse "hombre en sí" fue moldeando su conducta. El "hombre en sí" del infante don Juan Manuel en el siglo xiv, llevaba siglos labrando la figura interior del español, que se hace "ome esencial", en palabras del buen conde de Haro en el siglo xv, según más adelante ha de ver el lector. He ahí el verbo, el logos formativo, que dio estructura, sentido e impulso ascendente a los españoles, a quienes, por eso mismo, se hacían y se ahincaban en su españolidad. Cuando el Presidente del Consejo Real y Arzobispo de Compostela disuadió a Carlos V de ir a combatir personalmente con Francisco I de Francia, su principal argumento fue este: "A V. M. no es oculto que [el rey de Francia] es tenido por loco y parlero, estimado por inconstante y por *persona sin ser*." ¹⁷

Era preciso insistir sobre tales detalles a fin de barrenar y hacer saltar los bloques compactos de la historiografía fabulosa, en la cual se

revuelven y confunden nociones que han de ser pulcramente distinguidas unas de otras. Partiendo del absurdo de que España es igual al suelo de la Península Ibérica, y de que lo humano es simple biología; confundiendo los usos tradicionales con la posición del hombre respecto de ellos; ignorando que la lengua es inseparable de la intención valorativa que sobre ella proyecta quien la habla; sin principios rigurosos sobre la realidad del hombre y del mundo en que aquélla se realiza, la historiografía tradicional viene haciendo rodar a lo largo de muchos siglos un revoltijo de humanidad a la cual, caprichosamente, se le da el nombre de española. Ni siquiera se han tenido en cuenta, ni se han manejado, los instrumentos intelectuales al alcance de cualquiera, importados y bien reelaborados en terso castellano: "Si *las circunstancias* hacen al espíritu [es decir, al yo enlazado con aquéllas], es [lo hacen] modificadas por este mismo, y recibidas en él según él es" (Unamuno, *En torno al casticismo*, 1895). Cuando las circunstancias hacen que un sujeto humano las rehaga y dé forma en su conciencia, de tal modo que el producto resultante llegue a adquirir fuerza innovadora y valor normativo, entonces la realidad cotidiana, por sí sola sin dimensión ascendente, se provee de dimensión histórica, historiable. Antes de hacerse perceptible y ascendente como ser historiable, el español no ha existido. Ha existido algo que no era él, que era condición y circunstancia posibilitante para él, pero no él; era otra cosa, que a mí no me interesa primordialmente, porque no trato de historia visigótica, romana o celtibérica —suponiendo que hoy exista una posibilidad de historia celtibérica. Me interesa presentar una estructura, no un osario de anécdotas y de hechos truncos o descoyuntados.

Antes de existir españoles en la Península, hubo en ella gentes con conciencia de ser otra cosa: godos, hispano-romanos, cántabros, celtíberos, celtas, iberos o lo que fuere. La pretensión de españolizarlos a todos, aparte de ser metódicamente absurda y anacrónica, no tiene en cuenta el que, de ser eso cierto, los franceses, los italianos, los ingleses, etc., también serían seres sustanciales e inmemorables. Pero basta pasar los ojos por cualquier libro escolar, para convencerse de lo contrario, y no seguir pensando como el padre Mariana en 1600. Hay obras en francés, como la de Ferdinand Lot, *Naissance de la France*, 1948, en donde puede leerse: "Sólo las circunstancias hicieron que la futura Francia y la futura Alemania, casi hermanas gemelas hasta entonces [843, tratado de Verdún], viesan cortado el lazo que las unía, y pudieran tomar conciencia de su personalidad, *confusa hasta entonces*" (pág. 416). Estas circunstancias fueron que los francos, al este y al oeste de la raya que más tarde dividiría Francia de Alemania, fueron separados por una faja de tierra. Porque son los hombres —añado yo— quienes moldean y orientan la con-

ciencia de cómo han de ser los hombres. Por ser esto así, un libro tan elemental como el de F. Lot debe ser leído por los historiadores recalcitrantes: “La transformación de la Galia romana en Francia es uno de los espectáculos más sorprendentes de nuestra historia. ¿Cómo y por qué aquellos *galos que se sentían romanos*, por decir así orgánicamente, que cantaban a Roma, soberana herida aunque siempre adorada, incluso después de 410, pudieron tan rápidamente olvidarla, y no aspirar sino a un fin, a ser tomados por francos?” (pág. 135). Quien lea esa obra, y las citadas en su bibliografía, se dará cuenta de los motivos de un hecho tan evidente. El primer rey de Francia fue Carlos el Calvo, coronado en Roma en 875; antes nada había que pudiera llamarse Francia. El mismo nombre de *La Gaule* fue una creación literaria, que aparece en el siglo XIII.

Las mismas razones valen para Italia, cuyo nombre coincide hoy con el de la provincia romana del mismo nombre, en la cual no existía el menor barrunto de la futura “italianità” de Dante o de los hoy llamados italianos. Y era así, porque “en el imperio y en sus clases dirigentes había una conciencia romano-imperial, *no italiana*; [en el siglo V] mantener la soberanía en Armórica o en Valeria (la Panonia norte-oriental) significaba para aquella gente lo mismo que poseer Venecia” (L. Salvatorelli, *L'Italia Medioevale* [1936], pág. 18). No digamos nada de las gentes de la Península de los Apeninos con anterioridad a haberse constituido el *pueblo romano como entidad historiable*.¹⁸

Hay que insistir —en vista de una ceguera siete veces secular— en que ningún historiador o escritor en Italia o Francia pretende hoy identificar a italianos y franceses con los habitantes romanos o prerromanos de sus respectivos países. Fundar la continuidad *humana*, social, en enlaces geográficos, biológicos o abstractamente psíquicos (estos o los otros rasgos de carácter), y no en la conciencia de formar parte de una comunidad humana, agente y responsable de sus destinos, es una ofuscación sólo mantenida hoy por ciertos historiadores españoles.

El alto poeta Giosuè Carducci (1835-1907) hace datar del año 1000 la vida italiana, como *italiana*: “De hecho desde los primeros años del siglo XI se siente como un tintineo de vida, aún tímida y oculta, que más tarde estallará en relámpagos de pensamiento y de obra; desde este momento comienza en verdad la historia del pueblo italiano” (*Dello svolgimento della letteratura nazionale*). No menos terminante es Giuseppe Prezzolini, en su sugestivo libro *The Legacy of Italy*, iniciado así: “Los orígenes: Por qué los italianos no son romanos.” Sus razones son que: “Al contrario de la creencia popular mantenida por algunos pretendidos eruditos, por muchos ampulosos propagandistas y por una serie de ilustres poetas, los italianos no son, descendientes directos de los ro-

manos, sino un nuevo pueblo, tan distinto de aquéllos como los franceses, los españoles o los anglosajones” (pág. 7). Nadie que hoy se respete en Italia —en donde la historia propia ha sido profundamente estudiada— se lanzaría a escribir que los italianos de lengua románica enlazan con los etruscos, ni que éstos se continúan en aquéllos. Por lo que respecta a los franceses, además de lo ya dicho, téngase presente la *Histoire de la civilisation française*, de G. Duby y R. Mandrou, 1958, cuyo punto de partida es el final del siglo X. ¿Estarán desbarrando todos estos historiadores, cuyo número podría ampliarse considerablemente? ¿Serán ciertos historiadores españoles los únicos cuerdos?

La Hispania de Roma y de los visigodos se desvaneció, y con ella la dimensión hispano-romano-visigótica de sus habitantes. El nombre de Hispania sobrevivió fonéticamente en el de España, cuyos sentidos tardaron siglos en llegar a ser lo que hoy significa *España*. Los españoles son tan distintos de los *Hispani* de Roma, como los toscanos de tiempo de Dante lo eran de los etruscos que vivían en Faesula, hoy Fiésole. Los romanos decían *Hispaniae* para abarcar a la *Hispania citerior* y a la *Hispania ulterior*. De ese plural deriva el decir las *Españas*, nombre usado por ciertos doctos como reflejo de la aspiración a unir los fragmentados reinos cristianos en la época de la Reconquista. Pero quienes en el siglo XII llamaban España a su tierra poseían una conciencia de su vida colectiva sin conexión alguna con la de los *Hispani* de tiempo de Roma. Tan diferente, que los habitantes de esa España aún no se llamaban “españoles” en el siglo XII. Ese nombre no aparece en el *Poema del Cid*, de hacia 1140; el juglar habla de “gallizianos, leoneses, castellanos”, y de “francos” con referencia a los catalanes. Según ha demostrado Paul Aebischer, el nombre “español” es un provenzalismo.¹⁹ Cualquier estudiante de fonética histórica se daba cuenta del origen extraño de esa palabra, que de haber sido española habría sonado “españuelo”; pero Aebischer ha precisado el origen provenzal de “español”, cosa que no se había hecho; observa este lingüista que, para los españoles de la Edad Media, su unidad era mucho menos evidente que para sus vecinos extrapeninsulares: “Para que se sintiera la necesidad de un adjetivo ‘español’, indudablemente era preciso que los que sentían tal necesidad estuviesen en relaciones comerciales, o de otra clase, con el conjunto que forma la España actual.” Quienes sentían más que nadie esa necesidad eran los habitantes del Languedoc; y la razón de que ese “español” se extendiera por las lenguas vecinas antes que en castellano, es que “España” significaba la zona de la Península ocupada por los moros.²⁰

En circunstancias normales no hubiera debido yo comenzar una obra acerca de la historia de los españoles en la forma en que lo estoy haciendo. Pero la antigüedad y el general arraigo de la creencia de ser

“eternos” los españoles, me ha forzado a ello. El intento de los historiadores —a la vez consciente y subconsciente— de eludir el enfrentarse con el verdadero pasado de los españoles, les llevó al lógico resultado de forjarse otro ilusorio. Mas esta ilusión es tan explicable como excusable, pues es directo reflejo de la inquietud sentida por algunos eminentes pensadores de fines del siglo XIX y comienzos del actual, que incluso llegaron a dar por inválidos y vacíos los tres o cuatro siglos que nos han precedido. Es una clara manifestación de lo que más adelante llamaré “vivir desviviéndose; aunque desde ahora conviene tratar de poner en claro lo que aspiro a expresar.

La idea y el sentimiento —para mí no justificados— de haber sido fallidas casi todas las actividades españolas durante el siglo XVI y XVII, llevaron a don Francisco Giner, en un arrebatado de amor y dolor de España, a escribir con motivo de ciertas deficiencias observadas por él en otros países:

Si tanta vanidad y mentira, aun fuera de este oscuro rincón —más amado cuanto más oscuro—, queda todavía allá... en el empero soleado de las naciones soberbias, resplandecientes y gloriosas, ¿cómo podría ser de otro modo en un pueblo [como España] *amputado de la historia hace más de tres siglos*, cuando menos en la parte más espiritual de ella y más profunda? ²¹

En 1910 escribía José Ortega y Gasset:

Gravitan sobre nosotros *tres siglos* de error y de dolor: ¿cómo ha de ser lícito, con frívolo gesto, desentendernos de esa secular pesadumbre? ²²

En 1937 clamaba la Falange Española:

[Hace] cerca de *tres siglos*, el *ser auténtico e inmortal* de España agonizaba, desgarrado en la carne y en el espíritu por los dardos venenosos y *extranjeros* de una concepción atea y materialista [¿en 1637?] de la vida. Perdimos el destino y la misión imperiales... Ahora que la tradición de todo *este ser* y poder de España vuelve, renacida con la gracia de la sangre joven, se han hecho carne sagrada de heroísmo las flechas de la Falange. ²³

En 1947, Pedro Bosch Gimpera, un docto arqueólogo, tituló un artículo suyo: *Contumacia de las desviaciones históricas*; y en él afirmaba que en España,

contumaz en sus errores, ... todos los problemas, desde los Reyes Católicos, *incluso desde más atrás*, han quedado insolubles, o se han solucionado mal... En el crisol de España siguen vírgenes las cualidades de sus pueblos y de su carácter. ²⁴

Las grandezas del siglo XVI y del XVII no satisfacían, y la época anterior, mancillada por la ocupación musulmana y por las ingerencias

judaicas, tampoco. Para Fernán Pérez de Guzmán, a mediados del siglo XV, la ocupación de España por los moros era tema para una

*Historia triste y llorosa,
indigna de metro y prosa.* ²⁵

Ya en el siglo XV los mejores españoles, los más inteligentes, comenzaron a contemplar con repugnancia su pasado inmediato, como indigno de ser historiado. De ahí la vuelta a las grandezas de la historia romana en la Península Ibérica, grandezas muy vivas en las *Coplas* de Jorge Manrique. Era reconfortante volver a ellas, tanto como al remoto pasado celtibérico, a Viriato, a Numancia, a Indívil y Mandonio. El descontento y la angustia trazaron la pauta de la historiografía española.

Una vez más se confirma esta idea al leer la *Descripción de España*, del ilustre humanista portugués Damián de Goes (1501-1574), escrita para defender el buen nombre de la tierra que él sentía como suya contra las censuras de Sebastián Munster y Miguel Servet:

“Es verdad que hay siglos más brillantes que otros, y que España no destaca hoy en la ciencia como en tiempos pasados; no puede, sin embargo, tildarse de pobre de cultura la nación que ha producido tan grandes figuras, ni debe considerarse agotada la fuente de aquéllas por el hecho de no haberlas producido durante algún tiempo.” ²⁶

Damián de Goes colma los vacíos sentidos en el presente con listas de nombres de escritores romanos, musulmanes y hebreos que vivieron siglos atrás: ahí figuran los romanos nacidos en Hispania, e incluso Juvenal, que más bien debería ser italiano, pues nació en Aquino. Luego vienen los musulmanes y los hebreos de al-Andalus, Averroes, Maimónides y hasta Avicena el asiático. Los españoles auténticos son mencionados, en este orden: Alonso de Madrigal, el Tostado; Arnaldo de Vilanova, Raimundo Lulio, el cardenal Cisneros, Alfonso el Sabio, don Enrique de Villena, Luis Vives, Jorge Manrique, Juan de Mena y Garcilaso. Termina Damián de Goes su elogio de las letras españolas con estas significativas razones: “No habrían faltado a España en los últimos mil años los brillantes ingenios que esa nación siempre produjo, si no hubiese permanecido tantos años bajo el dominio de pueblos tan bárbaros como los godos, los alanos y los sarracenos, ajenos a toda especie de cultura; libres ahora de esa opresión, no dude Sebastián de Munster que los españoles alcanzarán en breve las cimas de la ciencia” (*op. cit.*, pág. 107). Pero si los godos y los sarracenos eran bárbaros sin civilización, ¿cómo figuran en la lista de varones ilustres (pág. 105), San Leandro, San Ildefonso, Averroes y Avicena?

El pasado español siempre ha sido problema de difícil trato para quienes han intentado juzgarlo con mesurada reflexión. Unos lo desva-

lorizan y lo privan de estructura constructiva; frente a esa “desvertebración”, hay quienes niegan que haya habido decadencia española. Al derrumbarse la monarquía en 1931, hasta hubo quien propusiese como ideal político comenzar todo “da capo”, como si la historia de España no hubiera existido. Todo lo cual refuerza la sospecha de que la vida de los españoles ha sido única; para mí, espléndidamente única.

Aislados en su fe histórica, insensibles a los problemas que el pasado planteaba a pueblos tan próximos como el francés y el italiano, los historiadores peninsulares fueron haciendo rodar a través de los siglos la bola legendaria del españolismo de iberos y celtíberos. El volumen de tal fantasía en la mente y en el ánimo de quienes aprenden a acariciarla ya en la escuela, es incalculable. Eruditos respetables y charlatanes audaces forman el cuadro de apretada defensa en torno a ella, y nos quedamos así sin saber qué sean los españoles, ni cómo fue originada su existencia. Al publicar la primera edición de esta obra me pareció suficiente llamar la atención del lector sobre este inveterado embrollo; juzgué incautamente que lo obvio y razonable se abriría paso. Algunos están ya convencidos, por supuesto; pero la historiografía convencional y petrificada sigue ahí, refugiada tras baluartes de seudopatriotismo y de antisemitismo, y blandiendo los espectros de los “españoles” Séneca y Trajano. Dan por supuesto, falazmente, la existencia de “quod erat demonstrandum”; confunden el contenido semántico del adjetivo latino *Hispanus* con *español*, un vocablo extranjero del siglo XII; imaginan que el hombre de la Península fue siempre español; creen que la tierra peninsular, españolizada hoy por los auténticos españoles, era ya española antes de existir éstos. Y sobre tan ingenua petición de principio afincan la ilusoria figura de su “español”, como si se tratara de un objeto tan real y visible como la catedral de Toledo, que es toledana por hallarse en Toledo. Creen estos historiadores que las diferencias entre el español prerromano y el posterior se debe sencillamente a que hay muchas diferencias entre unas y otras épocas: unas veces acontecen unas cosas, y otras, otras. Supongo imaginan que el “español”, una vez brotado sobre la tierra peninsular, pasó por varios estilos y circunstancias de vida, del mismo modo que la catedral de Toledo fue primero gótica del siglo XIII, luego gótica del XIV; recibió ornamentaciones mudéjares, adiciones renacentistas, barrocas y hasta del rococó entre los siglos XIII y XVIII. Mas la diferencia sería que nosotros sabemos cuándo y cómo se inició aquella joya arquitectónica, y los historiadores del eterno español nunca dijeron en qué consistiese, de veras y estructuradamente, la realidad del español. Toman eso que llaman “características psicológicas” (una ingenua vaguedad del siglo XIX) y lo proyectan sobre las vagas descripciones de los habitantes de la Península en textos griegos y

romanos — ignoran que el hombre no se caracteriza por su psicología, sino por el valor y por el sentido de lo socialmente hecho con su psicología.

Se han ido así proyectando y acumulando circunstancias propias de otros sujetos colectivos (iberos, celtíberos, etc.) sobre la imagen verbal del “español”, convertida sin razón en una esencia subyacente al fluir del tiempo vital. El volumen de tal desatino, el gran estorbo que significa para siquiera medio entender la realidad de los españoles, y ocuparse de su futuro, me obligan a reiterarme y a poner de manifiesto las hondas raíces de una multiseccular equivocación.

NOTAS

¹ Isidoro de las Cajigas, *Los mudéjares*, I, 1948, pág. 73. El autor atribuye este texto a Hernando de Baeza, el intérprete de Boabdil, que escribió unas *Relaciones de algunos sucesos de los últimos tiempos del reino de Granada*, publicadas por la Sociedad de Bibliófilos Españoles, vol. III. Pero Hernando de Baeza nada dice de eso. La inexactitud es para mí indiferente, porque lo notable es que el señor De las Cajigas acepte como verdaderos tales juicios.

Esa cita procede, en realidad, del historiador de Granada Francisco Bermúdez de Pedraza, a través de la cita hecha de él por F. J. Simonet, en su *Historia de los mozárabes de España*, Madrid, 1897-1903, pág. 788: “El historiador Bermúdez de Pedraza opina que en tiempo de los almohades... se acabaron casi totalmente los mozárabes de esta región, [los cuales] fueron renegando de tal modo, que cuando los Reyes Católicos recuperaron este reino, no hallaron rastro ni reliquias de ellos. En apoyo de la apostasía de la antigua raza española [!], cita la relación que en 1311 hicieron los embajadores del reino de Aragón al Sumo Pontífice Clemente XI, [en la que decían] que en aquella sazón vivían en la ciudad de Granada doscientas mil personas, y no se hallaban quinientos que fuesen moros de naturaleza, porque todos eran hijos o nietos de cristianos.” En apoyo de esto cita Simonet a Ibn-al-Jatib, que también decía que en la segunda mitad del siglo XIV, los habitantes de Granada eran en mucha parte de origen extranjero. Ahora bien, si aplicáramos ese extraño criterio a otros países, resultaría que en la Inglaterra del siglo XIV tampoco había “ingleses de naturaleza”, porque unos eran descendientes de daneses; otros, de normandos, y otros, de otras “razas”. Como veremos luego, este criterio “genealógico-biológico” usado por los historiadores españoles, es, en último término, semítico, y se funda en la preocupación del linaje, tan intensa entre judíos y musulmanes. O sea, que este desatino cobra sentido dentro de la estructura casticista de la vida española, según hago ver en el capítulo II.

² *Historia de España*, I, 232, 234.

³ Luis Pericot García, *Las raíces de España*, Madrid, 1952, págs. 52-53. Los subrayados son míos.

⁴ M. Criado del Val, *Teoría de Castilla la Nueva*, Madrid, 1960 (Biblioteca Románica Hispánica, dirigida por Dámaso Alonso).

⁵ Ver George Cirot, *Les histoires générales d'Espagne entre Alphonse X et Philippe II*, 1905, págs. 32 y siguientes.

⁶ E. Shoubi, *The Influence of the Arabic Language on the Psychology of the Arabs*, en “The Middle East Journal”, 1951, V, 284-302. No vaya a pensarse que el autor es un crítico frío del mundo islámico, pues escribe desde dentro de él: “Está en gran medida justificada la alta estima de los musulmanes por el Alcorán.”

⁷ Me he ocupado de este problema, después de publicada la primera edición de esta obra, en *Hacia Cervantes*, Madrid, Taurus, 1960, págs. 308 y siguientes, y en *Españolidad y europeización del Quijote*, título del prólogo a la edición de esta obra por la Editorial Porrúa, S. A., México, 1960, págs. XLI y siguientes.

⁸ Ver mis observaciones sobre esto en *Origen, ser y existir de los españoles*, Madrid, Taurus, 1959, pág. 62.

⁹ Gonzalo Obregón, Jr., *El Real Colegio de San Ignacio de México (Las Vizcainas)*. El Colegio de México, México, 1949.

¹⁰ Aunque pensadas desde otro punto de vista y para otros fines, conviene recordar

aquí ciertas ideas de X. Zubiri: "La vida del hombre no es un simple ejercicio o ejecución de actos, sino un uso de sus potencias. Y sólo tendremos lo específico de la historia cuando se explique lo que es esto que, provisionalmente, llamamos uso de las potencias, a diferencia del simple ejercicio de sus actos... La historia no está tejida de hechos, sino de sucesos y acontecimientos... Los actos del animal son "reacciones" estimuladas por los objetos con los cuales vive. En cambio, "el más elemental de los actos específicamente humanos interpone entre las cosas y nuestras acciones, un 'proyecto'... Si la situación del animal es una inmersión en las cosas, la situación del hombre es estar a distancia de ellas... Como recursos, las cosas y la propia naturaleza humana no son simples potencias que capacitan, sino posibilidades que permiten obrar" (*Naturaleza, Historia, Dios*, 1944, págs. 398-402). A esto añado que el realizarse de tales posibilidades está condicionado, a su vez, por la disposición de la "morada" de la vida en que cada pueblo acaba por establecerse, según luego diré.

¹⁰ El vasco era una lengua distinta del ibérico; aquél estaba "orientado hacia Eurasia, y el ibérico seguramente hacia Africa" (Antonio Tovar, *Sobre el planteamiento del problema vasco-ibérico*, en "Archivum", Oviedo, 1954, pág. 231).

¹¹ "Lluvias abundantes y oportunas la hacen fértil en toda clase de frutos, de tal modo que puede abastecer no sólo a sus habitantes, sino también a Italia y a la ciudad de Roma."

¹² "Están hechos a sufrir privaciones y trabajos; sus ánimos desafían la muerte; son todos de suma sobriedad; prefieren la guerra a la paz, y si falta enemigo de fuera, lo buscan en su tierra."

¹³ *Apud* A. Rodríguez Moñino, *El capitán Francisco de Aldana (1537-1578)*, Valladolid, 1943, pág. 36.

¹⁴ Se ha llevado y traído mucho un texto de Firmico Materno, escritor sículo del siglo IV, como si sirviera para entender la realidad histórica de algunos pueblos surgidos más tarde en el área de lo que había sido Imperio Romano: "Itali fiunt regali semper nobilitati praefulgidi. Galli stolidi, leves Graeci... acuti Siculi, luxoriosi semper Asiani et voluptatibus occupati, et Hispani elata iactantiae praeponderi" (*Peri Matheseos*, I, 2, 3, 4). Pero si nos contentamos con la explicación de haber sido la fanfarronería peculiaridad hispánica (y no, además, de los antepasados de Tartarín de Tarascón), habría que admitir también que los franceses, continuadores (?) de los galos, son unos idiotas, y los griegos que preparaban la grandeza imperial de Bizancio, unos frívolos y ligeros. Lo que, sin duda, es inadmisiblemente es pretender fundar sobre tales "características psicológicas" una construcción historiográfica.

¹⁵ Observando con más atención el fenómeno del culto monárquico, se verá que el poder real no aunaba a la gente hispana desde fuera de ella; la fe en el soberano era la forma en que adquiría realidad externa el anhelo de mantenerse colectivamente existiendo en vista de un deseado futuro. Los españoles, dada la manera de su existir, se aunaban en la estima de la valía de su casta, de la cual era señal y exponente su creencia religiosa y su fidelidad al monarca. Nadie hubiera podido escribir en el siglo XVII, ni en público ni en privado, como La Bruyère en sus *Caractères*: "Les cours seraient désertes et les rois presque seuls si l'on était guéri de la vanité et de l'intérêt..." Los cortesanos "font les modes, raffinent sur le luxe et sur la dépense et apprennent [aux femmes] de prompts moyens de consumer de grands sommes en habits... Un noble... s'il vit à la cour, il est protégé, mais il est esclave; cela se compense" (*De la Cour*). Los ingleses dieron muerte a Carlos I, y los franceses, a Luis XVI; antes habían sido asesinados Enrique IV y Enrique III, todo ello durante la época de la monarquía de derecho divino. Nada así aconteció en España. Cuando los pueblos hispanos perdieron el asidero del rey, su funcionamiento vital les llevó a agruparse bajo caudillos locales, provinciales o nacionales; más que como tiranos convendría mirarlos como adalides buscados y deseados. Más o menos apretadamente, o ajustadamente, todos los pueblos hispano-portugueses existen en y según esa estructura, están en la misma "mansión" de vida. El nacionalismo les es inherente, un nacionalismo de estarse sintiendo existir, y no motivado en estar haciendo o en haber hecho esto o aquello en modo especialmente valioso.

¹⁶ Remito a mi ensayo *Descripción, narración e historiografía*, en *Dos Ensayos*, Editorial Porrúa, S. A., México, 1956.

¹⁷ *Colecc. de Docs. Inéditos para la Historia de España*, 1842, I, pág. 56 (el texto es ahora más accesible en J. F. Montesinos, *Ensayos y estudios de literatura española*, México, 1959, pág. 41).

¹⁸ Véase sobre ello *Origen, ser y existir de los españoles*, págs. 40 y 64-69.

¹⁹ *El étnico "español": un provenzalismo en castellano*, en "Estudios de toponimia y lexicografía románicas", Barcelona, 1948, págs. 13-48.

²⁰ Según me comunica Rafael Lapesa, el más antiguo caso de "español" es el de "domno Español", como nombre propio de un clérigo de Toledo que suscribe un documento de 1194 (A. González Palencia, *Los mozárabes de Toledo*, vol. preliminar, pág. 181). "Para mí —dice Lapesa— es indudable que se trata de un provenzal."

²¹ "Problemas urgentes de nuestra educación nacional" (1905). Véase F. de los Ríos, *El pensamiento vivo de Francisco Giner*, Buenos Aires, 1949, pág. 127. Ya pensaba así Giner en 1889, e incluso añadía un siglo más a la cuenta: "Esa parálisis morbosa que, desde hace quizá cuatro siglos, ha sufrido nuestro desenvolvimiento nacional" (*Ensayos sobre educación*, en la reedición de "La Lectura" [1917], pág. 8.). En último término, Giner sentía acerca de España como algunos españoles de los siglos XVI y XVII que luego citaré: "En nuestra propia nación la grandeza interior de nuestra cultura, desde mediados del siglo XV, ayudó a extender nuestra dominación por el mundo; y este, al parecer último fruto de nuestros progresos, señaló el comienzo de nuestra ruina." (Notas a Heinrich Ahrens, *Enciclopedia jurídica*, 1879, II, 419.)

²² "La pedagogía social como programa político", en *Personas, obras, cosas*, Madrid, 1922, pág. 201.

²³ Preámbulo del Decreto de 1º de octubre de 1937, instaurador de la "Gran Orden Imperial de las Flechas Rojas" (*Repertorio cronológico de legislación*, Pamplona, 1938, pág. 994). El sentido del comienzo del texto parece ser: "Hace cerca de tres siglos que el ser auténtico e inmortal de España agoniza, desgarrado en la carne...", etc.

²⁴ *España Nueva*, México, 20 de septiembre de 1947.

²⁵ *Loores de los claros varones de España*, en "Nueva Bibl. Aut. Esp.", XIX, 718.

²⁶ Damião de Góis, *Opúsculos Históricas*, traducción de Dias de Carvalho, Oporto, 1945, pág. 107.